



aedemo 
asociación española de estudios
de mercado, marketing y opinión



Edita:

aedemo

asociación española de estudios de mercado, marketing y opinión



Entença, 332-334, 8º, 5ª / 08029 Barcelona
Tel. 93 363 10 50 / Fax 93 363 10 56
aedemo@aedemo.es / www.aedemo.es

investigación & marketing

nº 102 • marzo 2009

SUMARIO

<p>05 Presentación Consejo Editorial</p> <p>06 Diferentes reacciones ante la crisis: tipologías de consumidores Rafa Garrido</p> <p>12 Reformas laborales y transformaciones productivas: el futuro embargado de una generación Pablo L. Calle</p> <p>20 La regulación contra y con el mercado Jorge García y Alberto Riesco</p> <p>26 Obama, de las palabras a los hechos Antoni Gutiérrez-Rubí</p> <p>30 Aplicación de los mapas conceptuales de marca para estudiar la imagen de los partidos políticos Laura M. Caro y J. Antonio M. García</p> <p>36 Análisis conjunto... y algo más Miguel Muñoz</p> <p>40 Sentir TV-3. Audiencias cualitativas Óscar-Xavier Nogueira y Ángeles Bacete</p> <p>48 El caso Miravete de la Sierra Redacción i&m</p> <p>52 ESOMAR Qualitative 2008. Crónica de una conferencia mundial Carlos Ballesteros</p> <p>56 Aceptando el fracaso para triunfar Jo Bowman</p>	<p style="text-align: center;">OPINIÓN</p> <p>58 “El ojo de payes” Marcel Cirera</p> <p>60 La marca: un viaje en busca del sentido Francesc Xavier Ruíz</p> <p>62 Menos, peor, difícil y complicado Tomás Camarero</p> <p>63 Las polémicas marcas blancas Eduardo Madinaveitia</p> <p>64 Motor y al aire Jaime Agulló</p> <p>65 Rurales, ¿proscritos de la investigación? Andrés G. Llamas</p> <p>66 Culos de avestruz José María Cuende</p> <p style="text-align: center;">LIBROS</p> <p>68 “La imagen de las Personas Mayores en los Medios de Comunicación de Masas y la Opinión Pública” y “Estudio de las incidencias en la investigación con encuesta: el caso de los barómetros del CIS”. Coordinada por Bernabé Sarabia y J. J. Mesa de la Peña</p> <p style="text-align: center;">Clásicos contemporáneos</p> <p>72 La segunda gran transformación José Antonio G. Yáñez</p>
---	--

staff

• Director: Juanjo Ibáñez jibanez@aedemo.es • Presidente del Consejo Editorial: José Antonio Gómez Yáñez, asociated director en Millward Brown • Vocal de Publicaciones: José Carlos Gutiérrez • Consejo Editorial: Miguel Cervantes, profesor de Marketing e ITM de la Universidad de León / Pedro Chasco, director del área de Economía Espacial del Instituto Klein (UAM) / Juan Pedro Gallano, jefe de gabinete de Responsabilidad Social y Marca de Adif / Mónica Gómez, profesora titular de la UAM / Germán Loewe, socio director de Netquest / Mariano Maqueda, director de Punto de Fuga / Matilde Fernández-Cid, profesora del C.U. Cardenal Cisneros, U.C.M. / Antonio Núñez, socio director estrategia de *SCPF / Rafael Urbano, director oficina MPG Madrid / Rosana Urosa, directora de Desarrollo Comercial de Telefónica / Ángel Alloza, director de Reputación Corporativa, Imagen y Acción Social de BBVA • Sección Libros: Bernabé Sarabia, catedrático de Sociología de la Universidad Pública de Navarra / Juan José Mesa de la Peña • Dirección creativa (Aedemo): Maite Méndez maite.mendez@gmail.com • Diseño y maquetación: Javier Perea ideas@nicandwill.com • Ilustraciones: Gloria Garrastazul (Capacero) • Director comercial: Alberto Martínez amartinez@periodicopublicidad.com • Publicidad: Patricia Picó ppico@periodicopublicidad.com Tel. 91 515 95 00 • Secretariado (Aedemo): M.ª Isabel Fernández Tel. 93 363 10 50 • Imprime: Gráficas Iglesias / San Romualdo, 26 / 28037 Madrid / Tel. 91 754 44 75 / Fax 91 327 13 86 iglesias@agd.es

Depósito Legal: M-35944-1979 • ISSN: 1131-6144 • Incluida en el índice de revistas de prestigio científico reconocido, OM de 2-12-94, BOE 289 y la Resolución Ministerial de 6-11-96, BOE 280, elaborado por CENAI para el área de Ciencias Económicas y Empresariales. EJEMPLAR GRATUITO.

La regulación contra y con el mercado

La incompreensión mutua entre los adalides del mercado, en pos de la "eficiencia", y los de la regulación y el Plan, en pos de la "cohesión social", sigue monopolizando hoy, igual que ayer, el debate público en un contexto marcado por la crisis económica mundial. Partiendo de ciertos desarrollos de la obra de Pierre Naville, y al hilo de la publicación en nuestro país de un trabajo de investigación de su principal discípulo, Pierre Rolle, los autores de este artículo tratan de esbozar una reconstrucción alternativa del envite central propio de nuestras sociedades salariales: la consolidación de nuevas planificaciones democráticas, descentralizadas y experimentales de intercambios de usos, servicios y disfrutes frente a las constricciones impuestas por el intercambio de valores y el trabajo asalariado (vengan estos últimos activados tanto por vías mercantiles como por vías administradas).

La crisis económica que golpea hoy con fuerza al conjunto de la economía global ha hecho sonar todas las alarmas. Vistas las consecuencias de las políticas "desreguladoras" del capitalismo "neoliberal" no son pocas las voces que, desde ámbitos académicos, políticos y ciudadanos, reclaman la necesidad y la urgencia de reglamentar políticamente el funcionamiento de una economía capitalista que, durante las últimas décadas, se supone como respondiendo únicamente a los requerimientos de la oferta y la demanda.

Cobra así fuerza, política e intelectualmente hablando, la idea de que existe una dicotomía, una ruptura, una discontinuidad entre norma y mercado. La intervención y regulación política de la economía de mercado fue considerada en la Europa occidental posterior a la Segunda Guerra Mundial como la vía (reformista) de poner freno a los desmanes del capitalismo, al igual que la intervención y la regulación política de la economía (por medio de los mecanismos de la planificación centralizada) había sido vista previamente en la otra mitad de Europa como la vía (revolucionaria) de poner fin a tales desmanes. Pero ¿y si

planificación (o regulación) y mercado no fueran en realidad ni dos términos dicotómicos, ni dos términos equiparables? ¿Y si la presencia o ausencia de intervención y regulación de la economía no nos sirviera como criterio para discernir distintos proyectos políticos y modelos sociales?

En 1974, el sociólogo Pierre Naville publicaba en París el cuarto volumen de *Le Nouveau Léviathan*¹, serie de investigaciones formalmente dedicadas al análisis de los regímenes socialistas de Estado, con el subtítulo *Les échanges socialistes* [los intercambios socialistas]. Cuatro años antes ya había publicado su análisis —basado en datos empíricos extraídos de fuentes secundarias— de las relaciones de producción específicas —caracterizadas por la "explotación mutua"— a ese socialismo (*Le salaire socialiste I*), así como una discusión crítica al hilo de los debates económicos que acompañaron la constitución de dichos regímenes (*Le salaire socialiste II*). En esta cuarta entrega Naville formalizaba la teoría de los intercambios subyacente a aquel análisis, al tiempo que desarrollaba exten-

Jorge García

Profesor de Sociología de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Alberto Riesco

Profesor de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

No son pocas las voces que reclaman la necesidad y la urgencia de reglamentar políticamente el funcionamiento de una economía capitalista.

samente alguna de sus más importantes implicaciones en una segunda parte titulada *La planification comme opération et expérience* [la planificación como operación y experiencia].

Frente a la idea extendida de que aquellas experiencias socialistas darían cuenta de una realidad radicalmente diferente de las economías de mercado vigentes en los países de Europa occidental, Naville va a colocar aquí al lector ante toda una serie de cuestiones provocadoras. ¿Y si la separación y diferencia existentes entre países capitalistas y países del llamado *socialismo real* no fueran tan radicales como se suele afirmar? ¿Y si la economía administrada del socialismo de Estado hubiera estado estructurada por mecanismos y principios no tan diferentes de los vigentes en las denominadas *economías de mercado*? ¿Y si *planificación* y *mercado* no fueran términos equiparables ni contradictorios entre sí, ni permitieran tampoco establecer una demarcación nítida entre formaciones sociales capitalistas y socialistas?

Cabría entonces la posibilidad de que ambas realidades hayan formado siempre parte de un mismo y único continente, continente del que quedaría aún por concretar sus fronteras (sin descartar que éstas puedan ser las del conjunto del planeta) y su naturaleza. De ser así, descifrar el experimento social que constituye el socialismo de Estado es probable que no sólo nos aclare algo de esas "otras" sociedades sino, también, de las nuestras.

Efectivamente, para Naville la regulación planificada de los intercambios practicada en el socialismo de Estado conllevaba mecanismos de competencia y se llevaba a cabo a través de ellos:

"Que haya economía de mercado no significa que domine la elección sino el intercambio, y el intercambio está ligado a la existencia de un valor. Intercambio y valor se implican mutuamente. Si hay uno hay otro, y esta existencia implica un mercado regulado por precios de mercado. (...) Allí donde actualmente el Estado interviene, reglamenta e impone, cerramos los ojos a menudo ante la materia misma de su acción: el intercambio de valores"².

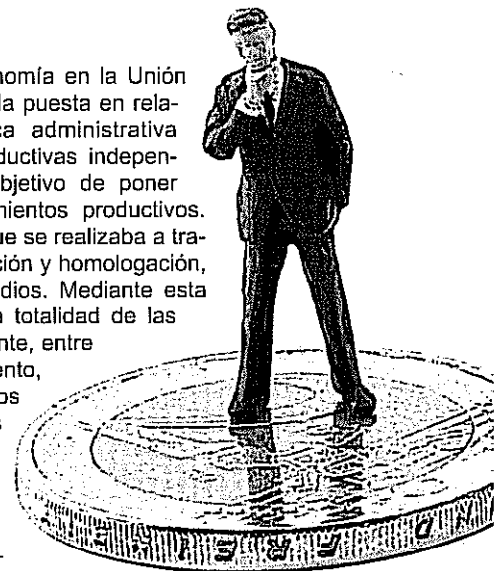
Mecanismos sobre los cuáles los Estados trataban de intervenir por medio de la planificación, sin pretender, no obstante, suprimirlos: "la propiedad estatal no abole la competencia: cambia sus formas gracias a la planificación"³.

Así, la planificación de la economía en la Unión Soviética habría consistido en la puesta en relación, mediante una mecánica administrativa centralizada, de unidades productivas independientes y dispersas con el objetivo de poner en competencia sus procedimientos productivos. Competencia entre procesos que se realizaba a través de la comparación, evaluación y homologación, al alza, de sus resultados medios. Mediante esta mecánica, los beneficios de la totalidad de las unidades se repartirán, finalmente, entre ellas, atendiendo al cumplimiento, mayor o menor, de los resultados conquistados (registro), tras las determinaciones previas por parte del plan de los resultados alcanzables (prescripción).

Dicho en otras palabras: la *planificación* constituía un auténtico mecanismo orientado a determinar el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para producir unas y otras mercancías⁴. Lo cual permitía, al mismo tiempo, señalar los niveles de desarrollo organizativo, social y tecnológico medios operantes, de cara a fijar, por último, los fondos salariales, de reposición de maquinaria, etc., asignables a unos u otros sectores y empresas para su eventual reproducción ampliada. Es decir, exactamente el grueso de las operaciones que en nuestras particulares *sociedades salariales* efectúan los mercados "realmente existentes" (mercados también *normados* y *regulados*). Operaciones que, en un caso y otro, alimentan ese proceso social permanente de comparación, homologación y medida de todas las actividades productoras de mercancías -bienes y servicios destinados a su intercambio en términos de equivalencias en valor- que Marx llamaba *trabajo abstracto*⁵.

No obstante, estas similitudes subyacentes se acompañan de la constatación de otras (nuevas) diferencias. En la Unión Soviética no existía una clase propietaria que concentrase y distribuyese entre sus miembros (según tasas medias de beneficio) el *plusvalor* resultante del *plus-trabajo* arrojado por las diferentes unidades de producción. Ese reparto se realizaba desde un aparato administrativo que implicaba en el proceso al conjunto de los asalariados (copropietarios de todos los medios de producción de la Unión) por medio de sus respectivas empresas.

De aquí la teoría de Naville de la *explotación mutua* como elemento definidor del carácter específico de las



¿Y si la separación y diferencia existentes entre países capitalistas y países del llamado socialismo real no fueran tan radicales como se suele afirmar?

relaciones de producción en los regímenes socialistas de Estado:

"En el régimen socialista de Estado el trabajo-mercancía es alquilado a cambio de un salario, pero la plusvalía de la que deriva el capital resulta apropiada globalmente, tanto en lo que respecta a su parte acumulable como a su parte consumible. Como no existe competencia capitalista, los trabajadores asalariados (de entrada toda la población activa) se alquilan mutuamente sus servicios, esforzándose por apropiarse de la mayor parte posible del plusvalor. Es por ello que la mercancía por la que hay que empezar es la capacidad de trabajo, estableciendo así las modalidades [específicas] de creación de la plusvalía".

En otras palabras: todos los trabajadores, desde sus grupos de trabajo (o *brigadas*) y en el seno de sus empresas, pujarán junto con éstas, y contra todas las demás, por condicionar a su gusto los registros a objetivar en las normas generales del Plan, en orden a lograr más fácilmente los resultados prescritos a partir de ellos. De este modo conseguirán llevarse una mayor parte del *plusvalor* común en detrimento del resto de asalariados (y sus empresas) de la Unión.

II

La reciente publicación en España de un libro del sociólogo Pierre Rolle sobre las transformaciones del trabajo en Rusia continúa y prolonga, veinticinco años después, las observaciones e hipótesis de Pierre Naville. Este trabajo recoge los resultados de una investigación empírica en tres empresas (de construcción y reparación de máquinas ferroviarias, de producción de cigarrillos y una caja de ahorros) que se efectuó justo en el momento de la transición del "socialismo" hacia una economía "de mercado".

La situación de partida ante la que nos sitúa el libro es la de un sociólogo occidental sumergido en la, a priori, exótica realidad de la producción industrial en una Rusia en transición hacia la "normalidad" de la propiedad privada. Sociólogo que, de este modo, verá desfilar ante sí, de rebote, los restos de un experimento social de dimensiones históricas, cuya naturaleza y sentido siguen siendo objeto de múltiples disputas: la Unión Soviética.

Pues rápidamente, toda una serie de instituciones, normas y procedimientos *soviéticos*, ligados a determinados modos de empleo de la fuerza de trabajo (todavía en pleno funcionamiento en la Rusia de 1998) se sucederán ante el lector, resultándole, con toda seguridad, sorprendentemente estrambóticos (comparados con los occidentales). Las normas de producción adscritas a las diferentes funciones productivas (normas que simultáneamente registran y prescriben resultados) continuaban constituyendo el envite de negociaciones múltiples y permanentes en el seno de las cuales los grupos de trabajo (o *brigadas*) seguían jugando un papel clave. Del resultado de dichas negociaciones dependían los fondos cedidos a las empresas (a través de lo que quedaba de los antiguos organismos centrales del Plan, en la forma de instituciones ligadas al municipio, la región o el sector) para dotar de sala-

rios directos e indirectos (comedores, economatos, escuelas, clínicas, viviendas, etc.) a sus trabajadores presentes y futuros.

Y, no obstante, los actuales ciudadanos rusos, los que alientan tanto como padecen el funcionamiento de esos mismos modos de empleo, empezarán, poco a poco, a parecerse demasiado sospechosamente a nosotros, los lectores occidentales. Al menos en lo que respecta a sus análisis, diagnósticos y expectativas sociales. "Implicar" al trabajador en la producción, "motivar" al individuo a "responsabilizarse" y mostrar "iniciativa propia", "evaluar" y "formar" permanentemente a los cuadros y dirigentes de empresas y organizaciones en el fomento de dichas "responsabilidades" e "iniciativas" entre sus subordinados, etc. Estos eslóganes movillados en las "nuevas" empresas rusas como solución a todos los problemas heredados del pasado soviético ¿acaso no son también nuestros eslóganes a la hora de articular una nueva economía del "conocimiento" o de la "comunicación"?

De un mercado de trabajo como el de la Rusia postsoviética, organizado aún de modo tan diferente al nuestro ¿cómo pueden haber surgido con tanta velocidad (¡en 1998!) discursos tan parecidos? Es más ¿cómo pueden tales discursos resultar tan similares ocupando aún sus protagonistas posiciones tan distintas en mecanismos de regulación del empleo tan diferentes? Pues el consenso, mayoritariamente compartido, acerca de la necesidad de profundizar en "iniciativas", "formaciones", "implicaciones", etc., para reforzar y mantener el vínculo que ligaba de por vida a cada trabajador con su empresa, no resulta, precisamente, una paradoja menor (a la luz de nuestra experiencia acerca del funcionamiento de los mercados de trabajo en occidente).

De esta forma, el lector se verá, finalmente, en la necesidad de repensar con el autor e, indirectamente, con Pierre Naville, el pretendido exotismo atribuido inicialmente a aquella economía "planificada". Para acabar reencontrando de nuevo, por debajo de dicha alteridad, algunos de los elementos relacionales básicos que componen también nuestras *sociedades* (las supuestamente determinadas por el carácter "mercantil" de nuestras economías):

"El Plan, definido con un poco más de precisión, designa un conjunto de decisiones impuestas a los agentes económicos por una autoridad que pretende encarnar objetivos de orden superior, orientando, en consecuencia, la autonomía del comportamiento de los agentes económicos implicados. La coherencia buscada se afirma a través de duraciones fijadas de antemano, en las que los diferentes procesos, sean cuales sean sus ritmos propios, deben corresponderse y componerse mutuamente. La planificación supone la existencia de formas de producir, de técnicas, de



trab
tos
ción
a su
a

relacion
hizo de
económ
momen
recomp
sadas y
lación ti

En efec
se asen
ción. Re
nicos, i
como si
cada e
manten
asignan
proceso
reconsti
dos a tra
tiempo
asalaria
lar. Esta
tas de
product
mecáni
"compe
las dife
produce
así una
nes par
sumo p

En con
socialis

trabajadores, así como la eficacia de los procedimientos administrativos de dirección y control de la fabricación. Dirige los dispositivos de producción plegándose a su lógica. En la Unión Soviética los órganos del Plan actuaban por medio de tasas salariales, precios, inversiones e impuestos, fijando a los agentes económicos cuotas de producción. Estas instituciones encuadraban, modelizaban y reproducían un sistema mercantil que en modo alguno habían abolido sino, únicamente, circunscrito⁹.

III

Tal y como plantea Rolle, la derrota de la revolución en Europa tras la 1ª Guerra (es decir, el fracaso de la configuración del socialismo como un sistema mundial) y el consiguiente aislamiento del proyecto soviético hizo que la supervivencia de la Unión pasara por su disputa con el capitalismo occidental por el control de los intercambios planetarios. La historia soviética podría ser pensada en este sentido como la historia de un Estado reglamentando y organizando el éxodo rural en pos de un proceso de industrialización acelerado. Condicionado por este objetivo, el modo específico de las

relaciones de producción vigentes en el Estado soviético hizo de las empresas y el Estado los principales agentes económicos de la economía soviética. Y lo hizo en un momento en el que el capitalismo estaba dando paso a recomposiciones inéditas que terminarían por dejar desfasadas y sumergirían en la crisis a dichas formas de regulación tradicional.

En efecto, en nuestras sociedades actuales esas empresas se asemejan cada vez más a nudos en una red de producción. Red que es la que condiciona sus procedimientos técnicos, métodos organizativos, recursos y efectivos, así como sus propios contornos jurídico formales, obligando a cada empresa a transformarse permanentemente para mantener su posición. Por su parte, los mecanismos que asignan las capacidades laborales de las personas a los procesos productivos, permitiendo dicha asignación la reconstitución, reproducción y reconversión de los asalariados a través de un salario directo e indirecto (o social), hace tiempo que no operan mediante la vinculación estable del asalariado con una empresa (o incluso un sector) particular. Esta movilización articula hoy vidas laborales compuestas de encadenamientos variables de puestos, unidades productivas y sectores de actividad heterogéneos. Los mecanismos sociales (por ejemplo, el de la cualificación: "competencias", "formación permanente", etc.) por los que las diferentes capacidades laborales de las personas se producen, perfeccionan, mantienen y reproducen cobran así una creciente autonomía en relación con las condiciones particulares inmediatas de su puesta en ejercicio y consumo por parte de tal o cual unidad de producción.

En contraste con estos procesos, la crisis del modelo socialista soviético sería, según la hipótesis planteada por

Rolle, no tanto el resultado de una crisis interna (consecuencia de una incapacidad para satisfacer las necesidades de su población, del autoritarismo político, etc.), sino parte de una crisis mundial de mucho mayor calado que atravesaba también de arriba a abajo a las sociedades capitalistas occidentales y que llevó a éstas a transformar profundamente los mecanismos de regulación del *salariado* y a reinventar e imponer principios "socialistas" en el seno de sus propias sociedades.

Dicha transformación podría resumirse del siguiente modo: los lazos entre trabajadores y puestos de trabajo se han distendido aquí (en un capitalismo mundial) donde allí (en la Unión Soviética) no hacían más que tratar de solidificarse. Dicha distensión, no obstante, nos planteará el autor: ¿no constituye precisamente la base material necesaria para una liberación general de los intercambios sociales del valor y del consumo de tiempo de trabajo humano, esto es, para un socialismo que sólo podría ser planetario o no ser? Esa liberación, ¿no se estará produciendo ya precisamente en el interior de los espacios normados y regulados que trabajan las autonomías recíprocas tanto de las fuerzas de trabajo y sus empleos como de los procesos productivos en todo el planeta?

Descifrar el experimento social que constituye el socialismo de Estado es probable que no sólo nos aclare algo de esas "otras" sociedades sino, también, de las nuestras.

Así, por detrás de la falsa dicotomía del mercado y el Plan, subsiste en realidad otra más profunda: *la que contrapone hoy en el capitalismo mundial los intercambios mercantiles y planificados de valores, impulsados por la acumulación de capital, a los intercambios planificados (repartos, distribuciones, escalas) de usos, servicios y de disfrutes, que esa misma acumulación contradictoriamente impulsa y exige como precondition necesaria para la continuación de los primeros. La creciente riqueza social cuya producción requiere de un tiempo de trabajo humano directo decreciente que permite recortes sustanciales y generalizables de la jornada de trabajo; puestos que no necesitan para ser ejecutados de unas competencias determinadas, ligadas a la experiencia (y, merced a ello, escasas), componiendo funciones productivas que abonan nuevas posibilidades para el reparto social de ese tiempo de trabajo necesario; redes de empresas cuyos elementos resultan intercambiables, en muy cortos períodos de tiempo, en función de los proyectos planteados, ampliando los ámbitos cualitativos de la determinación colectiva y democrática de los contenidos y fines de las políticas económicas y sociales, etc. Todos estos procesos hablan de la posibilidad de otras planificaciones más allá de los intercambios*

Todas las sociedades socialistas, tanto como las capitalistas, deben aún comprender y desarrollar las funciones del uso bajo una forma experimental.

de valores y del trabajo asalariado, planificaciones democráticas, descentralizadas y de carácter experimental, que versen no sólo sobre medios y cantidades sino, simultáneamente, sobre fines y cualidades de usos, servicios y disfrutes:

"Para que el consumo (los usos son sus diferentes formas) se convierta realmente en el fundamento y el fin de la producción es necesario que el sistema de usos y el intercambio de usos no se presenten más bajo la forma subordinada que actualmente es la suya. Esto supone obviamente una transformación de las constricciones que impone la escasez (por medio de una alta productividad), pero también una modificación radical, claramente explicitada, del sistema de necesidades. Estas deben pasar de su forma determinada, cuantitativa y cualitativamente, a una forma aleatoria que supone elección, indeterminación e innovación. Es decir, entre la anarquía y la constricción deberá elaborarse una concepción *experimental* de las necesidades y de su satisfacción. (...) Es la experiencia la que puede unir la toma en consideración de las condiciones dadas y la investigación libremente organizada de las innovaciones, de los proyectos; la que puede reconciliar la imaginación y la organización real. El uso es justamente la operación por la cual la experiencia toma cuerpo, por la que se realizan los proyectos, se comprueban las realizaciones, se rectifican sus resultados, sin que esta operación tome la forma ni de una constricción sin recurso, ni de un exceso destructor de todo lazo social. Es la experimentación desembarazada de las trabas del intercambio de valores la que ofrece todas sus oportunidades a la cooperación y la asociación, sustituyendo las coerciones de un poder exterior a las sociedades y los cooperadores. Es cierto que esta tendencia a la experimentación se manifiesta ya con fuerza en las sociedades industriales avanzadas; viene impulsada por el papel creciente que juega la ciencia en los sistemas de producción y consumo, por la movilidad de los empleos, por la creciente productividad, la transformación de los sistemas educativos y pedagógicos de formación, y por muchos otros factores, comprendidos aquellos que se gobiernan actualmente bajo la expresión de ocios. Pero esta tendencia está al mismo tiempo trabada por factores contrarios, todos ellos ligados al sistema de intercambio de valores. En suma, todas las sociedades socialistas, tanto como las capitalistas, deben aún comprender y desarrollar las funciones del uso bajo una forma *experimental* antes de que pueda llegar el momento de las auténticas relaciones comunistas. (...) El uso, (...) por una metamorfosis real de la economía de mercado que instaure la primacía del servicio (único cimiento de una asociación comunista), debe restituir al trabajo productivo necesario su propio carácter de servicio, es decir, entrañar la supresión del salariado. Cuando el ejercicio del trabajo se haya convertido realmente en un servicio común, ejercido algunas horas al día, entonces toda la cadena de servicios se convertirá en la trama común, por períodos asignables, tanto de la actividad privada como de la colectiva. Es entonces también cuando el *intercambio de experiencias*, de una nueva forma de comunicación, podrá instaurarse, suscitando en lo sucesivo tantos problemas nuevos como antiguos haya eliminado"¹⁰.

Notas

1 Cf. Pierre Naville (1970): *Le Nouveau Léviathan, tome II. Le salaire socialiste I. Les rapports de production*; Anthropos, París; (1970): *Le Nouveau Léviathan, tome III. Le salaire socialiste II. Sur l'histoire moderne des théories de la valeur et de la plus-value*; y (1974): *Le Nouveau Léviathan, tome IV. Les échanges socialistes*; Anthropos, París.

2 Naville, 1974, Op. Cit.; Pág. 236.

3 *Ibid.*; Pág. 495.

4 Respecto al uso de la obra madura de Marx, muy alejado de las ortodoxias y "marxeologías" típicas de la época, Pierre Naville se posicionaba del siguiente modo frente a las críticas de M. Rubel: "El que aquí viene a cuento es el Marx científico, analista y crítico de «la economía política», el autor de *El Capital*. Él ha utilizado ciertos principios, un método y alcanzado unos resultados que, creo, estimo tanto como cualquiera. Pero todo ello no permite resolver directamente el estudio de los nuevos e inmensos fenómenos que representan los regímenes post-burgueses (y no pre-burgueses) establecidos en un tercio de la especie humana. Es necesario librarnos a ese estudio de modo diferente a como lo hacen los historiadores: en lo vivo. Marx no tiene respuestas disponibles para esos regímenes tal y como son, si bien es una ayuda de primer orden para comprenderlos (...). Él no buscaba "poner a hervir la marmita del porvenir". Esa marmita, de acuerdo, es un caldero de brujas. Razón de más para bascularla tantas veces como sea necesario sin sorprenderse ingenuamente de que esté llena de sorpresas. Basta con que podamos dar cuenta de ellas usando, al menos en parte, los instrumentos forjados por Marx, añadiéndoles aquellos otros que sean necesarios. Si haciendo esto no soy marxista, tanto peor" (*Ibid.*; Págs. 474-475).

5 Es por todo ello que "la existencia de un plan económico nacional, fundado en una propiedad estatal generalizada, no basta para disolver, aún progresivamente, las relaciones de mercado. En ciertas condiciones puede incluso reforzarlas y estabilizarlas, sustrayéndolas a las crisis que sufren en la economía capitalista-burguesa. Plantear la planificación como antítesis directa del mercado no es suficiente para transformar las mercancías en simples productos. (...) Todo lo que podemos afirmar es que las relaciones de valor (mercantil) son sometidas, merced al plan, a nuevas condiciones; se ejercen por medio de una especie de peritaje central, pero no desaparecen por ello. Las discusiones que se sucedieron en la URSS sobre las modalidades de la planificación no tenían por objeto el mejor medio para acelerar la extinción de las relaciones de mercado, sino el mejor medio para reglamentarlas, lo que contribuye, más bien, a perpetuarlas" (*Ibid.*; Pág. 476).

6 *Ibid.*; Pág. 260.

7 Pierre Rolle (2009): *De la revolución del trabajo al trabajo revolucionado*. Traficantes de Sueños, Madrid (Ed. Original: (1998): *Le travail dans les révolutions russes. De l'URSS à la Russie: le travail au centre des changements*. Page-Deux, Laussane).

8 Pierre Naville había planteado en 1972, en el Volumen 5 de *Le Nouveau Léviathan. La bureaucratie et la révolution*, a propósito de la evolución probable de la URSS y su posible deslizamiento hacia un salariado propiamente capitalista lo siguiente: "En la práctica, las únicas condiciones que serían favorables a ese deslizamiento, a esa restauración progresiva de las relaciones capitalistas, serían el estancamiento y la caída de la producción, el paro del crecimiento, el deterioro del mercado interior y exterior que le seguirían y, finalmente, las convulsiones políticas ligadas a ese declive. La hipótesis no resulta banal, todo lo contrario, pero no es más que una hipótesis" (Naville, 1972, Op. Cit., Pág. 336).

9 Rolle, 2009, Op. Cit.; Pág. 139.

10 Naville, 1974, Op. Cit.; Págs. 219-10, 213.

